

bre nosotros, para el gobierno de las almas. Dios quiera que nuestras palabras hayan sido eficaces y servido de luz á los que se encontraban rodeados de tinieblas, y de alimento á los que estaban devorados por el hambre. No son palabras nuestras, sino ecos débiles é imperceptibles de aquella voz que clamando al principio en medio de los desiertos, ha sido despues vida, salud, perfeccion, libertad, progreso y civilizacion para todo el mundo.



APENDICE.

Nos parece conveniente y que será del gusto de nuestros lectores, la insercion de una de las cartas del Cura de la Sierra que, como los anteriores artículos, vieron la luz pública en el recomendable y católico diario «*La Voz de México*», pues en dicha carta se vindica al célebre jesuita autor de nuestro catecismo, y que tan maltratado ha sido por el autor de los *Bosquejos*. Se verá por ella que el P. Ripalda, es digno de la alta reputacion que hasta ahora nadie le habia disputado, por la concision con que supo compendiar, claridad con que acertó á explicar, y orden con que supo exponer la doctrina cristiana en su perpétuo catecismo. Los elogios que ha arrancado á los hombres de todas opiniones que le han juzgado sin pasion y con sensatez, son el testimonio mas espléndido de su ciencia poco comun y de su virtud acrisolada.

En una época en que no solo se ataca con encarnizamiento los buenos libros, sino que se calumnia á las personas que los escriben, para apartar á la juventud de su lectura, se hace necesario demostrar con argumentos sin contestacion, que semejantes libros encieran la verdad, al mismo tiempo que convencer que tales personas practicaron la virtud. Debe estar muy ex-

traviada la inteligencia, y muy corrompido el corazón que no se rinda ni dome ante la omnipotente fuerza de la primera, ó no se sienta al ménos atraído por el irresistible encanto de la segunda.

Hé aquí la carta:

X*** 3 de Marzo de 1871.

MI QUERIDO FAUSTO:

Héteme aquí ya, con la mal tajada péñola en la diestra, de codos sobre esta mesa, testigo de las meditaciones de mis antecesores, que apenas puede sustentar el enorme tintero, los libros de badana y el negro breviario que les hace compañía; con la frente apoyada en la mano izquierda, caladas aquellas enormes gafas, que por descomunales te han parecido adquiridas de algun descendiente de Quevedo, y pronto á satisfacer por medio de esta epístola tus importunos deseos.

Después de leer y releer esos *Bosquejos* que hasta ahora van publicados en el *Federalista*, y con cuyas galas ofrece este diario seguir ataviándose todos los lunes, para encanto de literatos, delicia de historiadores, dulce contemplacion de filósofos, recreo de progresistas y pesadilla de retrógrados; confíesote que mi perplejidad es tal, y tal la indecision de mi espíritu, que no acierto aún á elegir el punto que debe servirme para *comenzar por el principio*, como le oí decir á un literato de tomo y lomo, de esos que salvando las lindes de la *vulgaridad*, se pierden en los bosques sagrados de lo *desconocido*, donde nunca van á estamparse las huellas de los profanos.

No es mas crítica la posición de un toro embolado y reducido al rincón de un burladero por la agitada mu-

chedumbre del *pópulo bárbaro*, que con descompasadas voces, y gritos, y silbidos, y palos, y sombrerazos, aturde y acorralla al mísero animal que con frecuentes sacudidas de cabeza, parece dar á entender su desesperacion, por no hallar entre toda la turba de sus perseguidores á quien regalar con la primera caricia.

El símil, Fausto, no será acaso de tu agrado; pero estoy seguro de que lo es, y mucho, del del autor de los *Bosquejos*, para quien esto de embolismos tiene grande atractivo; para quien aquello de reputar como animales á los clérigos, habidos y por haber, es una broma inocente; y para quien, en suma, la táctica de acosar á esos mismos clérigos, con gritos, palos y sombrerazos, que á tanto equivalen las calumnias, burlas y denuestos del *bosquejador*, es muy de su gusto.

Este gusto, dicho sea de paso, desmiente la fama de originalidad con que hablando de ese buen caballero, fatigan los aires las cien voces de la imprenta. Pues nada de nuevo, sino mucho de retrógrado y antiquísimo, tiene el sistema de atacar á la religion y sus ministros con malignas consejas, sofismas groseros, y venenosos chistes, amontonados en un desorden capaz de aturdir al cerebro mejor organizado. Nada de original, y sí mucho de plagio de los engendros de impíos enciclopedistas y frailes apóstatas, tienen esas producciones que hacen hoy abrir de pasmo la boca al sencillo vulgo de nuestra patria. Y *vulgo*, Fausto, ténlo entendido, no es solo ese pobre pueblo, cuya instruccion, moralidad y engrandecimiento andan por allí recomendando sombras y espectros muy parecidos á los de Hamlet y Carlos Dickens, sino tambien ciertos periodistas y escritores que se ponen anchísimos y orondos con solo que los

Filibert-Dubourg que llevan la férula, les hilvanen cuatro retazos de elogios estupendos, con sus ribetes de erudición á la violeta, y sus puntas de romántico socialismo.

Pero volviendo, Fausto, á los *Bosquejos*, cuyo nombre no pudo elegir su autor con mas acierto, *pictura tantum obscuris coloribus illustrata*, te diré, que agotada al fin mi paciencia, y no pudiendo acometer con método á ese Proteo de la crítica, que ya se me presenta como moralista á la D'Holbach, ya como filósofo á la Comte, ya como reformador á la Lutero, ora como historiador á la Voltaire, ora en fin, como escritor de costumbres á la Sué, decidome, por último, á tomar las cosas por donde y conforme vengan.

Antójaseme, pues, ver á nuestro *fugitivo del famoso lecho de Procasto* (con las piernas estiradas ó sin ellas), esto es, al antiguo escritor de las Revistas del *Siglo XIX*, bajo la forma de un filósofo desengañado.

Mírale declarando, no sé cuántas cosas respecto de las vaciedades indignas del númen con que se veía obligado á llenar su compromiso, supuesta la falta de sucesos y novedades que hay en esa ciudad *clorótica, pobre y mogigata*. Esta circunstancia era terrible para un pensador de su categoría, y para un magistrado que efectivamente corria peligro de arrastrar la toga en ese *vuelo de golondrina*, en esos viajes de los bastidores de los teatros á las tiendas de las modistas, de las *barrancas de los paseos* á ciertos *avisperos y cuevas* de que nos hace mencion. En conclusion, no estaba bien á la severidad puritana de un hombre á quien los espectros encargan mensajes regeneradores, *descender*, como él mismo asegura, *hasta el papel de D. Agapito Cabriola y Biz-*

cochea, que si filósofo fué, no perteneció de seguro á la escuela de Zenon.

Aquel cansancio hizo que nuestro escritor pensase en aprovechar sus *horas serias* en vulgarizar lo útil, *poniendo á disposicion de su fantasia el mundo de las ideas, para que en él gire á su sabor, como un salvaje en medio de las praderas, ó como una ave en la region de las nubes*. Y.... ¡oh felicidad! La ocasion vino propicia á las manos del escritor: las *horas serias* iban á dar su fruto: el nuevo Carlos de Sainte Foi volvia sobre sus pasos, y en su camino tropezó con otro filósofo tambien desengañado, de que el desarrollo del sistema *utilitario* no estaba en el *Siglo XIX* sino en el *Federalista*, y... zas! allá van los dos buenos amigos á ese palacio suspirado, donde tantas preciosidades se encierran, y cuyas puertas están cerradas á piedra y lodo para las *viejitas históricas y avinagradas*, como la *critica* que inspiraba al retrógrado conde de la Cortina, y para esas otras *brujas y asquerosas arptas* que se llaman *la tiranía, la supersticion, la ignorancia, la hipocrestia y la mentira*, habitadoras, como los buhos, de las *derruidas torres del pasado*.

Trazado así el plan del filósofo progresista, en pos del cual veo correr entusiasta la turba de los *bohemos* discípulos suyos, cualquiera esperaria que, pues las *horas serias* habian sonado, aquel encantado edificio fuese testigo de concienzudas y severas lucubraciones encaminadas á la *vulgarizacion de lo útil*. Pues ese cualquiera que tal presuma, se ha engañado como un chino; porque tan luego como nuestro filósofo vióse en aquel mágico albergue, rodeado de esas *chicas* que se llaman *la sátira; la elegia y la oda*; enfrente de la *histo-*

ria cotorra que apenas cuenta cuarenta años, en sentir del autor de los *Bosquejos*; lado á lado del *idilio*, muchacho candoroso y jugueton, vestido de calzoneras y sombrero jarano; de la *libertad*, de la *razon* y otras antiguas conocidas; y sobre todo, al abrirse las ventanas que dan á un jardin que dizque sirve de solaz y de ornamento á la consabida casa; nuestro hombre perdió por completo los estribos, olvidó sus propósitos, y echó en saco *roto* sus intenciones de aprovechar las horas *sérias*.

¿Qué opinion, pues, quieres que forme, querido Fausto, de quien con tanta facilidad se olvida de sus promesas, de quien pensando emplear su talento y calor natural en ocuparse en *algo útil*, está tan ocasionado á dejarse seducir por las Circes de marras? ¿Ni qué tiene de extraño, por otra parte, que un filósofo así que no es formal, incurra á cada paso en sendas contradicciones, volviendo á menudo á adorar lo que había quemado, esto es, las futilidades hebdomadarias que presiden hoy en las aras de la moda periodística?

Mírale, si no, dar algunos pasos por la nueva senda, y á pesar de que había jurado no asomarse ni por un momento á la ventana que ve al campo de la *politica*; mírale, digo, abandonar su intento y perderse nada ménos que en consideraciones sobre la situacion política de Europa en 1870, y en forjar oráculos misteriosos para este año que corriendo vamos, con tal prosopopeya, cual pudiera hacerlo la Sibila de Cumas.

¡Atencion, Fausto! que ya las masas estupefactas, escuchan *arrectis auribus* ó con la *boca abrida*, como decia el tunante de Fr. Gerundio, á esa pitonisa que se agita con furor en su tripode. ¡Atencion! digo otra vez:

el político que no habla de *politica*, ha pasado revista á todas esas naciones guerreras y ricas, que ponen todo su empeño en ocultar su fuerza y su ambicion, y ya llega á este arranque oratorio, digno de ocupar las *horas sérias* por la enseñanza y *utilidad* que encierra.

«El Papa era el único que se soñaba fuerte y levantaba la voz para proclamarlo así, llamando á todos sus servidores y obligando al Espiritu Santo á concederle facultades extraordinarias, es decir, *divinas*. Pero monarca de un pedazo de tierra, que le ha sido dejado por compasion y por interes ajeno, este infeliz anciano no lograba turbar la armonía europea. En el siglo del vapor, del telégrafo y del fusil de aguja, los cañones ya son inofensivos. El Papa, con su infalibilidad, creyó tambien que tendria la fiesta en paz.

«Tal era la situacion de la Europa al comenzar el año de 1870.

«Al concluir, el cielo que los astrólogos vieron radiante y sereno, está entoldado de nubes tempestuosas. Una tormenta inesperada se levantó destruyéndolo todo, tronó el rayo, y el aliento de fuego de la guerra ha sacudido á las naciones, derribado tronos, sepultado ejércitos, destruido poderes seculares, *callado la voz impostora de los viejos santuarios*, y marcado un nuevo punto de partida á la humanidad.

«Al sepultarse en la tumba el año de 1870, se ha llevado entre los pliegues de su fatal sudario, el imperio napoleónico, la fama de los soldados franceses, la Silla de San Pedro y la fama de los oráculos católicos. El año que acaba de pasar, ha llegado con estrépito á la morada de lo que no existe, y ha conmovido las bóvedas inmensas donde yacen los siglos pasados.»

¿Qué tal, amigo Fausto? ¿No es verdad que ese nuevo Castelar ha dado calabazas á la susodicha *cotorra de cuarenta abriles*, á las *muchachonas* aquellas que apénas se han quitado el vestido alto, y hasta á ese otro *mo-cito* griego disfrazado en México en el presente carnaval?

Pero no hay que hacer muecas, Fausto, porque nos falta lo mejor, y yo no me quedo así como así con las cosas en el tintero, despues de que tú, holgazan, que pudieras habértelas, mejor que yo, con esos caballeros, te estás por ahí chupando el dedo. ¡Ea, hombre, fuera miedo, y sirva de aguijon á tu pereza este mi ejemplo y el de tanto y tantos *Don Dieguitos* como púlulan por esos mundos de Dios! ¿Te acuerdas de aquel otro *retrogrado* de Gorostiza que no tuvo la dicha de conocer esas mágicas deidades del autor de los *Bosquejos*, y si acaso, vió apénas en pañales á la *cotorra*? Pues yo, con motivo de esta audacia mia y de esa importunidad tuya, me repito cien veces aquello de:

—¿Pues dime qué sabes?

—Yo?

—Tú.

—No lo sé á punto fijo;

Pero ello es que hablo de todo,

Y me aplauden, y decido

Magistralmente!.....

Pero tornemos de nuevo á los *Bosquejos*. Te decia que fallaba lo mejor, porque donde nuestro filósofo se muestra verdaderamente digno de su fama, es en mas de una pincelada de esas de primera mano, que no dejan de hacerme temblar por nuestra suerte; porque me digo: si estos son los *bocetos*, ¿qué serán las obras perfeccionadas y repulidas?

Habla el filósofo del *Federalista* del fallecimiento de la señora esposa del presidente de la república, acaecido á los primeros dias de Enero: describe la fúnebre ceremonia en medio de la cual fué llevado á la comunorada el cadáver de aquella respetable persona; hace mérito, y en esto con justicia, así de las prendas que adornaban á dicha señora como del universal y solemne homenaje que las clases todas de esa sociedad fueron á tributarle en aquel acto grave y patético.

Esto, como ves, es serio á mas no poder; es útil enseñarlo al pueblo, para que aprenda á respetar la virtud, á imitarla, á ser agradecido con las personas benéficas que le socorren y alivian en sus penas, etc., etc. ¿Me das, pues, cosa mas divertida que el siguiente *volteriano* trocico, retazo de paño rojo cosido al negro manto de la elegía? Oyele, Fausto, y pásmate por Dios, de la facilidad con que volvió nuestro *espíritu fuerte* á su antigua manía, encajándonos ex-abrupto estas nugatorias frases que echan por tierra nuestras esperanzas y su gravedad, cual si estuviese todavía con la *musa revistera*:

Los que no creemos que el clero nos puede servir para nada con el *Ser Supremo*, nos hubiéramos afligido con una manifestacion (la que, segun dicen que dijo el Sr. Mateos, dejó de hacer el clero de esta capital con motivo de aquel fallécimiento), que resucitaba repugnantes costumbres viejas, y que *no podia ser sincera* de parte de quienes *deben aborrecer á muerte* todo lo que es liberal.

«Por lo demas, ¿para qué sirven esas preces en latin detestable, esa *canturria* desapacible que recuerda los gemidos mercenarios de las plañideras romanas, y ese

doble que *fastidia por lo impertinente* y por lo *inútil*? ¿Qué tienen que hacer esos hombres negros y antipáticos, cargados con el peso de sus propias culpas, junto á la tumba sagrada de las personas virtuosas?

«Sería absurdo suponer que necesita un ángel de la bendición de esa gente.

«No, Dios me libre de desear á las personas que estimo y venero, que tengan en su muerte semejante acompañamiento....!»

Dios me lo perdone, Fausto; pero creo que á poco andar le dió algun dolorcillo de estómago ó de cabeza á ese formidable enemigo de los *hombres negros y criminales*, porque arrepentido del desaire que pensaba el ingrato correrles en esa hora que el vulgo llama *de los gestos*, dijo muy compungido: *que su artículo pasado habia sido escrito en un momento penoso* (momento en que sin duda le dejaron á solas los bohemios, las muchachas aquellas y la cotorróna), é hizo, con su acostumbrada formalidad, la solemne promesa de *no trazar espontáneamente con su pluma la barrera de la prohibición á una parte considerable de la sociedad para leer sus escritos, y que solo la defensa le obligaria á levantarla de nuevo.* Supongo, pues, una de dos cosas: ó que el tal escritor ve en todas partes enemigos que le ofenden, como les sucede á aquellos que *cruzan cuando uno se rie*; ó que pasado el susto que á todo hijo de vecino le causa un dolorcejo así cualquiera que le hace pensar en los *dobles fastidiosos* y en las *gentes de sotana*, nuestro filósofo olvidó como de costumbre, su nueva promesa y se volvió á las *cebollas de Egipto*.

Porque apénas trascurridos los primeros ratos de ese arrepentimiento que, sea dicho de paso, consagró tam-

bien á la política y un poco á las antiguas fruslerías hebdomadarias ó *revisteras*, tuvo la desgracia de ser visitado por un espectro parecidísimo al de cierto viejo negociante que se llamaba Marley y que fué el *coco* de otro viejo apellidado Scrooge. Digo que tal visita ha sido una calamidad, porque pasadas las primeras impresiones de espanto que tendria nuestro filósofo, creyendo acaso ser visitado por la sombra de algun injuriado clérigo, yo tengo para mí que se fué familiarizando con la idea de que todo eso de la otra vida era tortas y pan pintado; sobre todo, cuando el *patriótico espectro*, que era nada ménos que el *pueblo*, le dijo muchas cosas y muy buenas, respecto de la *instrucción y moralidad* de los millones de párias que vagan en esta infortunada república que tanto y tanto tiene que envidiar á esa su hermana del Norte. ¡Cuán alegre y satisfecha se sienta ésta en el *banquete de la prosperidad*, con pasmo de las demás naciones á quienes se hace agua la boca!

Y no solo se fué, pues, familiarizando con los espíritus el autor de los *Bosquejos*, sino que cobró mayores bríos al recibir la *mision regeneradora* del espectro, y volvió lanza en ristre á arremeter con los curas, los maestros, los jesuitas, las hermanas de la caridad, los teólogos, los canonistas, los historiadores, los gobiernos, las maestras de amiga, las clases privilegiadas, los españoles y tanta variedad de gentes y personalidades, que estoy, como te decia ántes, verdaderamente abrumado y confuso, y no puedo distinguir por sus nombres las mal feridas ovejas que huyendo van atropelladamente en esa oscura polvareda.

Dejemos, Fausto, que por hoy se las hayan como puedan esos perseguidos fugitivos, por cuya causa iré-